

III° Domingo de Pascua

Después de que los Reales de Kansas City recibieron sus anillos de la Serie Mundial esta semana, llegó el momento del primer lanzamiento ceremonial. El club eligió al sargento Benito Lohman, de 97 años de edad, un veterano de la Segunda Guerra Mundial que sobrevivió tres años como prisionero de guerra en Japón y está jubilado de la Marina. Lohman se sentó en una silla de ruedas en el montículo del lanzador. Mike Moustakas se puso en cuclillas en el Jom listo para atrapar. El sargento Lohman se levantó de la silla de ruedas y se detuvo un momento ante los aplausos de la multitud, pero parecía confundido y no sabía qué hacer. Él se sentó. No lanzó la pelota de béisbol. Un empleado apareció para decirle qué hacer. Aun así no tiró la pelota. Moustakas se puso de pie, levantando las manos, y 40.000 aficionados se pusieron de pie y aplaudieron. El veterano agarró la pelota, al parecer demasiado frágil y demasiado confundido para lanzarla. La situación fue ligeramente vergonzosa. Por último, Moustakas corrió al montículo para visitar al hombre por unos momentos, y luego ambos abandonaron el campo y el público aplaudió. No hubo primer lanzamiento ceremonial. Pero el episodio mostró la cantidad de respeto que muchas personas tienen por los soldados que ponen sus vidas en la línea de fuego y sufren por el bien de su país. A los 97 años de edad, Lohman representa una imagen de fuerza a través de la fragilidad.

San Juan nos presenta a Cristo resucitado de una manera similar. Jesús había sufrido mucho en las últimas horas de su vida y fue sacrificado en una cruz. Ese día se presentó una imagen de fracaso. En el libro de Apocalipsis, Juan ve a Cristo como un cordero que fue sacrificado pero ahora está de pie. Este Cordero, sacrificado y aún con vida, comparte un trono con Dios el Padre, y los dos reciben alabanza de una multitud incontable. En la visión de Juan, como en la vida real, cuando la gente ve a un soldado caído de pie de nuevo, el efecto es fascinante. Respetamos mucho la capacidad de una persona para superar la adversidad.

A nadie le gusta fracasar. Puede ocurrir cuando los estudiantes obtienen malas calificaciones en la escuela, cuando un empleado pierde su trabajo, cuando los cónyuges luchan entre sí, y cuando los niños toman decisiones que avergüenzan a sus padres. No nos gusta fallar.

Pero el fracaso no importa. Lo que sigue después del fracaso es lo que importa. Después de un fracaso, algunas personas se dan por vencidos. Nunca intentan de nuevo. Sin embargo otros aprenden algo; hacen a un lado la burla de los demás y buscan la manera de obtener mejores resultados. A veces, cuando examinamos nuestra vida pasada, recordamos las ocasiones cuando superamos la adversidad, y estas nos convencen de que podemos avanzar. Cada vez que tenemos éxito después de haber fallado, tenemos más confianza en nuestras propias capacidades, y somos más fuertes ante Dios.

También tenemos responsabilidades cuando otras personas fallan. Desgraciadamente, a veces aplastamos a otros y perversamente tratamos de parecer mejores a sus expensas. Nunca nos vemos mejor cuando aplastamos a otra gente. Siempre nos vemos peor que ellos. Cuando otros sufren, necesitan apoyo y aliento, pero a veces cuando ellos fallan, nosotros fallamos al apoyarlos.

Lo tenemos dentro de nosotros el ofrecer ayuda cuando las personas lo necesitan. Tenemos el mejor ejemplo - el sacrificio de Jesucristo, que se hizo uno como nosotros, un mortal como nosotros, y resucitó para que pudiéramos vivir como él. Él es el Cordero que fue inmolado y resucitado, un modelo de triunfo. Tan cierto como que Dios el Padre levantó al Hijo de entre los muertos, también nosotros mismos podemos levantarnos y levantamos a los demás a la vida.

Sunday, April 24, 2016